

Eva Blanch

AHORA QUE TE VAS

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

EVA BLANCH
AHORA QUE TE VAS

TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: abril de 2019

© Eva Blanch, 2019

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-679-1
Depósito legal: B. 6.090-2019
Fotocomposición: Moelmo
Impresión y encuadernación: Black Print
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Capítulo 1

(Londres, 08.30 h)

Te recojo en la terminal South de Gatwick. A pesar de mi impaciencia por saber qué ha ocurrido, por qué estás aquí, apenas hablamos durante el trayecto en tren al centro. Te caes de sueño. Vas algo desaliñada, el pelo revuelto, el esmalte de las uñas desconchado. Dos minúsculos morados, en el entrecejo y el pómulo derecho, manchan tu cutis.

Llegamos a casa y te conduzco hasta mi habitación. No me das tiempo a recoger la ropa que he dejado tirada por el suelo, entras y te derrumbas en mi cama, todavía deshecha. Te aconsejo que te desvistas, conozco demasiado bien la mala circulación de tus piernas, no puede irte bien dormir con unos tejanos tan ajustados. Pero persistes en tu silencio, en este aire ausente con el que has llegado y me dejas hacer. Me sorprendo desvis-tiéndote como a una niña.

La blancura de tu piel estalla ante mis ojos. Y no puedo evitarlo, se me lleva. Tu ombligo y la minúscu-

la cicatriz también, este bebé gusano que no crece ni decrece, me transportan a Aigua Blava. A tu pequeña cama de adolescente con la colcha amarilla, a septiembre, a todo aquello que hace años terminó.

Pero arrancas a hablar y me salvas de esto. Es ahora cuando decides hacerlo, por intuición, para interrumpir mis pensamientos, para devolverme al presente. Parloteas presurosa, casi sin aliento, susurrando con voz queda que el sexo ha terminado para ti. Que no vas a follar nunca más en la vida, que te has cansado, que estás harta, que ya no deseas hacerlo nunca más.

Escucharte decir eso me pone caliente. Me asusto y me río tontamente. A ti se te escapa una sonrisa que pretendes esconder. Te frotas los ojos, elevas la voz y me sueltas con brusquedad algo que tardo en entender. Dices que ya no la tienes. Dices que se fue a lo bestia, a la brava. Que la soltaste como una gran vomitada en un pasillo con moqueta.

Te das la vuelta. Apenas oigo lo que musitas, un soñoliento luego te lo cuento.

Adiós

Ruth se esforzó. No se le puede recriminar lo contrario. Aquella mujer que conocí de niña, veleidosa, algo

perezosa, errática, tan dada a hacer lo que le venía en gana, aquella chica que nunca tuvo un rumbo fijo y que disfrutaba no teniéndolo, la mujer que me llevó de cabeza durante tantos años, muchos, demasiados, ahora sí, ahora no, incapaz de tomar decisiones, se estaba esforzando en ser otra. Durante la desesperada velada cuyo desenlace la trajo a Londres, Ruth realmente lo intentó. No se le puede recriminar lo contrario.

Se había vestido con una falda ceñida, pintado los labios de rojo, calzado unos Thierry Mugler que no se ponía desde hacía una eternidad. Era viernes por la noche. Un pianista tocaba en el centro de la sala y Félix, su marido, estaba contento. Cenaban en un restaurante gastronómico como si celebrasen algo, aunque no había nada que celebrar. Se trataba de pasar página al deslíz que ella había cometido ocho días antes, el viernes de la semana anterior y que parecía haber traumatizado a su pareja. Para Ruth todo eso era una exageración, Félix lo había sacado de madre, pero ahí estaba ella, concentrada y dispuesta a lo que hiciera falta para que su marido lo olvidara.

La velada empezó bien. A pesar del cansancio, a pesar del incipiente dolor de barriga al que no quería prestar atención, a pesar de la mañana de sábado, niños y actividades extraescolares que le esperaba al día siguiente. Félix hablaba de cosas triviales y a Ruth se le iba la cabeza contando los platos que iban llegando y los que faltaban por llegar. Los restaurantes

gastronómicos nunca le han gustado, la impacientan. Pero no estaba en condiciones de buscar más conflictos. Accedió a ir allí por la ilusión de Félix, por no discutir más, por enmendar su supuesto error. Pero la elección del local estaba abocada al fracaso. El timing era incompatible con la verdadera finalidad de la cena. El dolor en el bajo vientre persistía y en el plato número trece su buena voluntad se agotó. Ruth se descontroló. Perdió los nervios, se desahogó al fin. Entró a saco a criticar las pretensiones del lugar, del chef, de la cursilada general. Félix se enfadó. Estamos aquí para tratar de ponernos románticos, ¿hace falta que te lo recuerde? Ruth le contestó que sí, que a esas alturas de la noche, ya sí, le hacía mucha falta que se lo recordara. Su horario biológico había mutado para siempre a un horario infantil y le parecía insoportable que casi a la una de la madrugada estuvieran con tonterías llamadas entretenimientos y discursos sobre fresas con cacahuetes, y el postre sin aparecer.

Apuró la copa. Incapaz de mirarle a los ojos, arrepentida ya, porque ella es así, ahora lo mando todo a la mierda, ahora lo quiero todo de nuevo, se levantó. Consideró que lo mejor era desaparecer un rato, cortar el mal rollo y que corriera el aire. Averiguar de paso qué estaba ocurriendo por ahí abajo, el dolor que sentía había derivado en algo que no descifraba, en una inquietud galopante. Voy al baño. Félix respondió con un gesto imperceptible, casi triste. Ella aceleró el

paso. El restaurante estaba ubicado en un hotel de lujo y tuvo que recorrer varias salas, antecámaras y pasillos llenos de silloncitos dorados. A un par de metros de la puerta del baño se le nubló la vista. La presión le bajaba y se apoyó en la pared. Un charco de sangre se desparramó entre sus piernas hasta llegar al suelo, manchó sus zapatos de charol y la moqueta color beige.

Limpio el desaguisado de la mejor manera que pudo. Movié un tintero de sitio para cubrir el manchurrón. Llevaba su copa menstrual como la mujer moderna, ecológica y previsorá en la que se ha empeñádo en convertirse, respetuosa con su flora y su pH interno. Se tomó un paracetamol con el agua del grifo y se perfumó con la muestra de colonia que llevaba en el mismo neceser previsor que sigue esforzándose en no olvidar. Volvió a la mesa. Félix la esperaba con paciencia, alicaído. Ella le dió un beso con lengua, le sobó el paquete y le instó a pagar ya, tenemos prisa, cariño. A Félix se le puso dura.

Hicieron el amor y Ruth simuló pasarlo bien. El dolor había desaparecido por completo pero ella solo deseaba terminar. Córrrete, cariño, córrrete tú, no me esperes, balbuceó entre convincentes jadeos. Félix se corrió. Ruth sintió el segundo gran alivio de la noche. Él estaba pletórico como un niño y quiso compartir su disfrute, quiso que también ella se corriera y cuando le puso los dedos en la vagina Ruth berreó un ¡basta ya! que le salió del alma.

A Félix se le ensombreció el semblante y le dio la espalda con toda la brusquedad de la que fue capaz.

La había vuelto a fastidiar.

Se quedó muy quieta. Aplastada por una indescrip-
tible sensación de vacío. Consciente de la mala sema-
na que sabía le esperaba, otra mala semana, quizá peor
que la que acababa de pasar. El viernes anterior ha-
bía cometido el desliz de dormirse mientras lo hacían
y Félix se había quedado hecho polvo durante siete
largos días. Ruth quería mucho a Félix. Es el hombre
de mi vida, había afirmado mil veces, me ha dado una
familia maravillosa y mucho amor, muchísimo amor,
todo el amor del mundo. Pero Ruth ya no soportaba la
idea de volver a pasar otra noche como esa.

Entonces pensó en huir de casa y se acordó de mí.